

EL AZAR Y LA MEMORIA

SALUDO Y RESPUESTA A TEODORO GONZÁLEZ DE LEÓN

MÉXICO HA SIDO siempre tierra de arquitectos, desde la época precolombina hasta el día de hoy. Casi todas nuestras ciudades y muchos de nuestros pueblos poseen edificios y monumentos notables, algunos de ellos en verdad grandiosos. Es sorprendente el número de esas construcciones y conjuntos urbanos, milagrosos supervivientes de las devastaciones del tiempo, las catástrofes naturales y, sobre todo, la incuria y la barbarie de los hombres. Admirable continuidad de tres milenios y no menos admirable variedad de estilos artísticos, técnicas de construcción y géneros religiosos, civiles y privados. En el período contemporáneo, a pesar de los desastres y de los graves errores de las tres últimas décadas, varios arquitectos de gran talento han enriquecido a esta gran tradición mexicana. Algunos han merecido reconocimientos internacionales. Uno de los más destacados es Teodoro González de León, al que hoy tenemos la alegría de recibir en el Colegio Nacional. Las obras de González de León son numerosas y diversas —edificios públicos y de apartamentos, museos, centros cívicos, plazas, jardines, residencias— y están esparcidas en la ciudad de México, en la provincia y en el extranjero. La arquitectura es un arte colectivo y algunas de estas obras han sido realizadas en colaboración con otros arquitectos, como Abraham Zabludovsky, pero la gran mayoría han sido concebidas por él únicamente y ejecutadas bajo su sola dirección.

Es imposible para un lego como yo hablar con autoridad de las técnicas arquitectónicas de Teodoro González de León. No lo es decir que sus construcciones me impresionan por la sobria elegancia de su diseño, la economía de sus líneas y la solidez armoniosa de sus volúmenes. Formas simples y bien plantadas sobre la tierra; no un arte clasicista sino un arte moderno inspirado en la lección de los clásicos: orden, medida, proporción. Voluntad de forma que nunca llega al desbordamiento y que con frecuencia alcanza la plenitud. Esos edificios ejercen sobre nosotros una doble influencia, física y moral: los ojos gozan y la mente se serena. Dije que la arquitectura de González de León *me impresiona*; la palabra es inexacta y debería haber dicho: *me seduce*. Ante ella siento la misma atracción, mitad afectiva y mitad racional, que experimento ante ciertas obras musicales y algunos poemas y cuadros. Es difícil definir la naturaleza de esta seducción; sin embargo, no creo equivocarme si digo que está hecha de la alianza de dos movimientos opuestos: la gravedad, esa fuerza invisible que ata las formas al suelo, y el ritmo que las aligera y nos da la ilusión de contemplar una danza inmóvil.

Formas para ser vividas y habitadas pero, asimismo, formas para ser vistas. González de León no sólo es arquitecto

sino pintor, como su maestro Le Corbusier. En sus pinturas y ensamblajes encuentro de nuevo la unión entre una inteligencia que ama la claridad y una sensibilidad que se complace en el juego rítmico de las líneas, los volúmenes y los colores. Precisión que no excluye sino invita al azar. Espacios que se despliegan como proposiciones geométricas, colores vivos y nítidos, pintura que hace pensar, a veces, en Juan Gris y, otras, en Fernand Léger. Apenas enunciadas, estas afinidades se disipan: no estamos ante una pintura —pintura sino ante una pintura arquitectónica. Mejor dicho: ante la traducción, en dos dimensiones y sobre una superficie plana, del mundo tridimensional de la arquitectura. Más de una vez he oído a González de León lamentarse porque hoy no se cubren los edificios con una capa de encendida pintura, como era costumbre en la antigua Grecia, en la India y en Mesoamérica. No sé si tiene razón: el Palacio Nacional se ha escapado de un baño tricolor y la Catedral de la púrpura cardenalicia. Tal vez se trata de una "boutade": estoy seguro de que es mayor su lealtad a los materiales que su afición al color. La veracidad, me dijo alguna vez, es la virtud mayor de la arquitectura moderna. La construcción debe mostrar de qué está hecha: piedra, metal, madera. Lo más alejado de González de León es el barroco, sus tramoyas coloridas y sus incendios congelados.

La mención de Grecia y Mesoamérica me lleva a señalar un tercer aspecto de la personalidad de González de León: su afición a la historia del arte. Si no hubiese sido el artista que es, habría sido un notable crítico o un historiador de esta disciplina. Una afición inteligente y apasionada en la que, otra vez, me sorprende la interpenetración entre el entendimiento y la sensibilidad, el saber y el sentir. Vasos comunicantes: su arquitectura se nutre de su pintura y ambas de su pensamiento. Hay varias maneras de pensar y González de León piensa, sobre todo, en formas, volúmenes y ritmos. Sin embargo, es capaz de trasladar esas proporciones plásticas a proposiciones lógicas. *Rara avis* en nuestros días: un artista que piensa con claridad y hondura, como lo ha mostrado en la magnífica lección inaugural que acabamos de oír. Aplaudo su valor en tocar un asunto que a todos nos apasiona y nos duele: la situación de la ciudad de México. Aplaudo también su rigor racional. Su crítica ha sido incisiva y, por esto mismo, terapéutica. El tema lo requiere.

Antes de continuar, debo hacer una confesión. Acepté con agrado el encargo de responder con unas palabras a esta conferencia de González de León, con la que inicia sus actividades como miembro del Colegio Nacional. A pesar de que desde hace muchos años lo admiro y soy amigo suyo, el

agrado se transformó inmediatamente en temor. No es difícil comprender la causa de mi aprensión. La arquitectura ha sido, desde mi adolescencia, una de mis grandes aficiones; he pasado muchas horas y muchos días visitando monumentos antiguos y modernos, lo mismo en México que en otras partes del mundo. En esas excursiones fatigué mis piernas, no mis ojos ni mi entendimiento: la arquitectura nos hace sentir y pensar el espacio, los espacios. Es materia vuelta forma y forma vuelta pensamiento. También es tiempo, historia. La arquitectura es una sabiduría. Pero una cosa es mirar y admirar templos, palacios, fuentes, jardines, puentes, terrazas, torres y acueductos, otra es hablar de ellos con un poco de saber y de competencia. Así pues, mi respuesta, fatalmente, tiene que limitarse a comentar breve y humildemente algunas de las ideas que ha expuesto hoy Teodoro González de León.

Hemos aprendido muchas cosas esta noche. La primera fue saber que las ciudades son el resultado de la combinación armónica de cuatro factores: el azar, el diseño, el tiempo y la memoria colectiva. Es revelador —y más: saludable— que González de León haya mencionado en primer término al azar. Es un elemento que había sido desdénado e incluso omitido tanto en muchos cursos universitarios como en los escritos de numerosos intelectuales, sin duda por los determinismos en boga durante los últimos años. En el ámbito de la historia, el arte y las ciencias sociales esos determinismos son ilusorios, quiméricos. La realidad más reciente, una vez más, lo ha mostrado: desde hace más de dos décadas, con iluminada certeza, muchos intelectuales e ideólogos mexicanos han proclamado el advenimiento del socialismo como una necesidad histórica inevitable; los cambios que ahora ocurren en los países impropriamente llamados de la Europa del Este (su nombre tradicional es Europa central) los han desmentido cruelmente. Lo más curioso es que algunos se aferran a sus creencias con una terquedad que no se sabe si es hija del fanatismo o de la soberbia; es frecuente leer en la prensa artículos en los que sus autores saludan esas transformaciones como "triumfos del socialismo". Es triste y es ridículo, es decir, doblemente triste. Aclaro, ante las no imposibles y apresuradas o aviesas interpretaciones: el socialismo puede ser o no ser deseable pero no es inevitable. No es ni será el resultado de unas pretendidas leyes históricas sino de la concurrencia de varias circunstancias, entre ellas la voluntad humana. Y quien dice *voluntad humana* dice azar, accidente. La historia es el dominio de lo imprevisible... No menos saludable es la distinción que ha hecho González de León entre diseño impuesto por decisión gubernamental y diseño como ordenación del conjunto urbano. Dos males contradictorios: el diseño impuesto por una autoridad despótica transforma el orden urbano en uniformidad carcelaria; la especulación privada y el capricho de los propietarios degrada la fisonomía de las ciudades y lesiona su ser mismo.

No hay tiempo para referirse, y es lástima, a la descripción que ha hecho González de León de los tres grandes momentos de la ciudad de México: el precolombino, el novo-hispano y, entre 1920 y 1950, la nueva integración urbana. La tercera parte de su conferencia ha sido un diagnóstico, a un tiempo valiente y doloroso, de la situación actual. El azar reaparece pero, en este caso, como una influencia nociva. Conjunction de dos circunstancias: el centralismo y la explosión demográfica. Nuestro centralismo es milenario: nace en Teo-

tihuacan y Tenochtitlan, se consolida con los Borbones y se fortifica, primero, con Porfirio Díaz y, después, durante el período postrevolucionario. En las últimas décadas ha llegado a su apogeo pues es político, económico y cultural. En cuanto a la explosión demográfica: todavía hace quince años nuestros gobernantes, aconsejados y justificados por sociólogos e ideólogos universitarios, se rehusaban obstinadamente a reconocer la influencia negativa del crecimiento excesivo de la población en el desarrollo económico y social de países como el nuestro. El azar no ha sido una calamidad natural sino el resultado de un vicio histórico, el centralismo, y de la ceguera intelectual y política de nuestras clases dirigentes. Debo mencionar otros dos factores, igualmente adversos: la oposición de la Iglesia y la moral de muchos mexicanos, es decir, el "machismo".

El terrible deterioro de la ciudad de México se debe a la disyunción entre tres de los factores que señala González de León: el azar, el diseño y la memoria colectiva. El diseño —o sea: la ordenación gubernamental— fue tardío; la autoridad intervino cuando gran parte del mal ya estaba hecho, por la acción corrosiva del immoderado aumento de la población y la desenfadada especulación urbana. Aparte de ser tardío, el diseño gubernamental consistió en una serie de medidas a corto plazo y con frecuencia contradictorias. Además, la ciudad ha padecido la imposición de las fantasías faraónicas de algunos de nuestros gobernantes. Subrayo que la opinión pública muy pocas veces fue escuchada y que casi nunca tuvo la posibilidad de expresarse. La ausencia de verdaderas prácticas democráticas ha contribuido poderosamente al desastre urbano.

Por último, la colusión entre el afán de lucro de los traficantes del urbanismo y la pérdida de la memoria histórica. La desmemoria colectiva es una dolencia mundial; en México es particularmente grave pues afecta a todas las clases sociales y, sobre todo, a los jóvenes. Así como en ciertos monumentos y edificios públicos de nuestra ciudad hay huellas visibles del pesado y gradilocuente arte estaliniano, en los conjuntos residenciales de la clase media y de la clase acomodada es palpable la imitación de la arquitectura de los Estados Unidos. No la mejor. Los modelos no han sido ni Nueva York ni Chicago sino Los Ángeles y varias poblaciones texanas. A su vez, los pobres recién llegados que habitan la periferia de la ciudad, cortados sus lazos con la cultura tradicional, imitan las imitaciones de los ricos. Caricaturas de caricaturas. Nuestro nacionalismo es jactancioso pero grita ¡viva México! con los ojos fijos en el exterior.

La pérdida de la memoria colectiva es un fenómeno psicológico y social de extraordinaria complejidad. Aunque sus causas son múltiples, me parece que una de las principales es el colosal fracaso de nuestro sistema educativo. Los niños y los jóvenes han perdido la noción del pasado y con ella la del porvenir; no saben de dónde vienen y por esto tampoco saben adónde quieren ir. Los hemos desposeído de una parte de su ser. Sin embargo, el fondo común de las sociedades —creencias, sentimientos, imágenes, valores— es de tal modo resistente a la erosión del tiempo y al desgaste histórico que, en los momentos en que todo parece perdido, aflora de las profundidades con misteriosa energía. Durante los temblores de 1985 fuimos testigos de uno de esos momentos de resurrección de la escondida pero viva solidaridad de nuestro

pueblo. William James relata que presencié algo semejante durante el terremoto de San Francisco, en 1906. En uno y otro caso se trata de súbitas reparaciones de la memoria colectiva. Si hay una tarea urgente en México, esa tarea es la reconstrucción del "alma nacional", como se llamaba antes al conjunto de tradiciones, creencias y valores que sustentan a las sociedades. Es una tarea no únicamente educativa y política: nos atañe a todos y muy especialmente a los intelectuales. En la sociedad moderna la función de la clase intelectual es triple: la específica de su profesión o especialidad;

la crítica moral y política; y, en el caso de los escritores y los artistas, la creación. La literatura y las artes son hijas de la Memoria y las obras que inspira la Memoria tienen la propiedad de despertar a los pueblos y recordarles qué y quiénes son. La lección inaugural de Teodoro González de León ha sido un ejemplo memorable de lo que podemos y debemos hacer. Le doy las gracias.

México, a 18 de noviembre de 1989.



Infonavit, 1974